

# UN ARTICULO DESCONOCIDO DE MARTI

Todo cuanto a Martí se refiera, ¿cómo no ha de tener para nosotros los cubanos interés e importancia extraordinarios? Por eso SOCIAL, revista cubanísima, ofrece hoy a sus lectores,—gracias a la amabilidad del Dr. Federico Castañeda—como preciada joya, el presente artículo del Apóstol de nuestras libertades, trabajo desconocido por completo de la actual generación, ya que no aparece inserto en ninguna de las ediciones de sus obras ni ha sido reproducido nunca por revistas o diarios.

Se publicó por vez primera y única en el número del domingo 23 de marzo de 1879 del periódico político, órgano de Regla y Guanabacoa, "El Progreso" del que era director Belisario Garcerán y redactor principal Federico García Ramos.

Aunque dicho artículo apareció firmado con la letra X, no solamente lo identifica como de Martí su estilo peculiarísimo sino también la siguiente nota que aparece en una "Gacetilla" inserta en el número de 9 de marzo que dice así: "Buena Noticia. Tenemos el gusto de anunciar a los lectores que Pepe Martí se ha encargado de hacer para nuestro periódico las "Reseñas de los Discursos del Liceo".

## LA VELADA DEL VIERNES

**T**ENIA razón *La Patria*. Ni más brillantes ni más selectas, ni a gran distancia en lo profundas son las discusiones del Ateneo de Madrid. Enérgico Moisés el Presidente del Liceo ha tocado con su vara mágica una roca llena de mujeres bellas, de ingeniosos poetas, de amigos de la tierra, de enamorados del cielo, de realistas que vuelan como las águilas, de idealistas que razonan como los matemáticos: "¡quién había de pensar—nos decía un disertante, de negro bigote, y estrecha y luenga barba,—que había todo esto dentro de la roca!"

Y otro,—nacido en tierras andaluzas—nos decía con emoción y con amor: —¡qué grandes talentos hay en esta tierra!

Y la noche le daba razón. Un abogado artista—que no basta el frío de los pergaminos a espantar las mariposas del alma—pronunció un elegante discurso, salpicado de delicadas remembranzas. Habló Miguel Viondi como un orador de guante blanco. Arrancó aplausos, no con el tono arrebatado del imaginador fogoso y atrevido, sino con el artístico matiz, correcto giro, acertado pensamiento y limpia forma que supo dar a su buen discurso. Se declaró idealista, por cuanto no halla en la copia de lo que existe ejemplos a que amoldar las excelsas condiciones de lo que en todas las artes bellas, que recorrió en sucinto examen, ha producido el inspirado espíritu. Hay algo en el estilo de Viondi de las empuñaduras de Benvenuto Cellini.

Al corno sentidor sucedió una legítima esperanza de la tribuna,—un orador que lo es ya, cuando comienza a serlo,—un brioso mantenedor de la doctrina positivista, a cuya explicación y vulgarización—como exclusivo objeto, pareció tender en el curso brillante de su bien modelada peroración. Acción desembarazada, períodos robustos, animada convicción juvenil, ardor de enamorado en la defensa de la doctrina que profesa, eran sobrados motivos para que aquel discreto público acogiera con prolongadas salvas de justísimos aplausos el levantado discurso de Dorbercker. Bien es que, más que del tema, trató de la filosofía que ama con pasión, y expuso con serenidad y brillo. Pero bien haya este extravío momentáneo de la discusión, puesto que él nos dio a conocer como entre labios húmedos todavía con las mieles de la adolescencia,

pueden esconderse raudales de imágenes potentes, que vendrán a ser un día acrecidas con la experiencia, corrientes vigorosas que combatan en este mar revuelto de la patria!

Leyó en seguida el señor Ramiro unas redondillas excelentes, bien inspiradas, bien escritas y bien hechas. Hizo reír, con la buena risa. Sacó a plaza a todos los mantenedores del torneo. En filosofía estuvo por lo que queda, después de que todo ha muerto. Devoto del hogar, siente que hay algo más de lo que se ve. Y que no es por tanto el arte humilde copia. Los fluídos versos fueron justamente interrumpidos y coronados con cariñosos aplausos.

2)

Ocupó después la tribuna—y la ocupó completamente—Rafael Montoro. Limpísima palabra, caudal inagotable, potente raciocinio, vigoroso análisis, notabilísima potencia para examinar, presentar y deducir, he aquí a Montoro. Idealista a lo Hegel, dió rudos golpes de maza a las calurosas afirmaciones de Dorbercker. Sentó su teoría artística, y la aplicó a las diversas artes bellas “que surgen admirables—dijo—después de todas las filosofías que las razonan”. Trajo la teoría a las obras dramáticas; estudió éstas en su formación, en su ejecución, en su objeto. No trató bien a Courbet. No halló razón a los realistas. Dió vida a la clara estética de su maestro. Y concluyó opinando que es del genio, y no de la repetición de lo visible, la obra artística. No hubo manos que no aplaudieran aquella improvisación correcta, analizadora, nutrida, siempre levantada, nítida siempre, siempre serena. Bien dijo el literato Canalejas lo que dijo en Madrid del orador cubano.

Habló Dorbercker, el orador reglano, repitiendo en respuesta a Montoro, con abundosa frase y firme fe, los que él tiene por inquebrantables dogmas del positivismo. En la rectificación confirmó el joven sacerdote la opinión que de su ardiente fe nueva había el público mostrado.

Razonador fácil y oportuno se mostró de nuevo Montoro en la réplica.

Y así fué, a grandes rasgos, la brillantísima velada que puso, a los envidiosos, respeto; a las damas, orgullo de los buenos de la patria; a los buenos, que son los más, generoso contento y legítimo entusiasmo.

X.

Feb, 1923 -